

de unas en otras personas y cosas; se habla de M. Derônís, de los libros viejos de la escribanía, del patio por donde trepaban las aristoloquias, y así, de recuerdo en recuerdo, se llega al jardín de las señoritas Papillón...

—A propósito—dijo Lucrecia, dirigiendo una maliciosa mirada á Lorenzo—¿sabeis que vuestra antigua pasión?...

—¿Qué pasión?—la interrumpió Eustaquio, mirando alternativamente á su mujer y al doctor.

—Una educanda del colegio Papillón—contestó Mme. Lapasque...—¡Oh! demasiado sabe M. Husson á quien me refiero... La escribía cartas incendiarias y solo venía á nuestra casa para atisbarla desde la ventana.

—¿Cómo?—exclamó Eustaquio, cuyo rostro lar-guirucho pareció animarse.—¿Por eso íbais tan á menudo á la oficina?... Venga esa mano, doctor y concededme vuestro perdón... ¡Habeis de saber que es-tuve celoso de vos!

Madame Lapasque se puso encarnada como una amapola, y Lorenzo, para cortar la conversación, preguntó á Lucrecia si sabía qué había sido de Valentina.

—Mucho que sí—contestó la esposa de Lapasque—como que vive aquí, á dos pasos de nosotros... Es la hija de nuestro recaudador.

—¡La hija del recaudador!—exclamó respetuosa-

mente el marido.—¡Ya lo creo!.. Es lo que llamamos los campesinos un buen acomodo. Ya podrá darse con un canto en los pechos el que se case con la señorita Valentina Maurin.

## II

Robert-Espagne y Sermaize están separados por el bosque de Trois-Fontaines, y esta circunstancia parece aumentar la distancia entre los dos pueblos, que por otra parte, corresponden cada cual á un departamento diferente. Para ellos, aquellas tres leguas de monte vienen á ser una especie de muralla de la China, rara vez franqueada por los habitantes de ambas localidades.

En el centro del bosque, y en una plazoleta próxima á la casa-guardería, se alzan los edificios de la abadía de Trois-Fontaines. Hacia este sitio se dirigia Lorenzo Husson una tarde de fines de regreso de Mayo, de una visita facultativa hecha á una de las aldeas enclavadas en los bosques.

El tiempo era calurosísimo, y aunque las hayas proyectasen abundante sombra sobre el césped de las trincheras, anhelaba con impaciencia el doctor ver asomar el techado de encarnadas tejas de la casa de guardas, donde esperaba encontrar una botella de li-

monada fresca. Para acortar camino, había tenido la idea de echar por una vereda que se abría por entre espesos matorrales, cuando al volver un brusco recodo de la senda, cayó, por decirlo así, en medio de una alegre y bulliciosa reunión, instalada bajo los árboles, á orillas de un manantial conocido en el país con el nombre de la fuente de los Petits-Acquêts. Parecióle oír pronunciar su nombre, y antes de que tuviese tiempo de ocultarse tras la espesura, gritó una voz de mujer:

—¡Sí, es él; es M. Lorenzo Husson!

Y casi al mismo tiempo, dos niños se abrazaban á sus piernas y vió inclinarse ante él, á manera de un delgado vástago agitado por el viento, el largo cuerpo de Eustaquio Lapasque. Lorenzo alcanzó á ver confusamente un grupo de señoras sentadas á la sombra, y sobre el césped una exposición de vajilla y de comestibles, en tanto que Eustaquio le apretaba afectuosamente la mano.

—Mirad—le dijo el honrado alguacil—hoy es lunes de Pentecostés, y hemos aprovechado el día para organizar una merienda á escote con el Sr. Maurín y sus hijas...

Al oír el nombre del padre de Valentina, echó Lorenzo una mirada hacia el grupo mujeril, deseoso de encontrar en él á su hada del día del Córpus; pero no necesitó emplear un detenido examen porque en aquel mismo momento gritó uno de los niños Lapasque:

—Valentina, ven, ven y verás qué flores tan bonitas.

Y acto continuo se separó del grupo una joven como de veinticinco años y echó á andar apresuradamente en la dirección indicada por el chicuelo.

Era de mediana estatura, vivaracha y graciosísima, con hermosos cabellos castaños, cuyos bucles jugueteaban en las sienes y en la nuca. La sombrilla, que agitaba por encima de su cabeza desnuda, envolvía en una media tinta sus delicadas facciones y sus grandes ojos color de avellana. Mientras que Lorenzo seguía atentamente su rápida marcha bajo el ramaje, proseguía Eustaquio Lapasque detallando el programa de la gira.

—Cada cual ha contribuido con su contingente,—decía:—el señor recaudador se ha encargado del vino, y por cierto que es inteligente en el asunto; mi mujer ha confeccionado un gran pastel con jamón y yo me he traído la flauta para hacer bailar á todo el mundo después de los postres.

En tanto, Lucrecia sostenía misteriosos coloquios con Valentina y el recaudador, hasta que, por fin, se aproximó á Lorenzo, acompañada de M. Maurín, grave personaje, subido de color, rígido en sus movimientos, cual si fuese de una sola pieza, y al cual daban cierto aspecto de solemne afectación la cabeza echada atrás y el correctísimo lazo de su corbata. Saludó ceremoniosamente al doctor, y empezó á hablar

en el tono declamatorio y campanudo de un hombre que se escucha:

—Caballero, la señora de Lapasque me asegura que, si yo os lo rogase, no tendríais inconveniente en participar de nuestro modesto refrigerio; sería un verdadero placer para todos nosotros, y añadiré, por mi parte, que me consideraría altamente honrado al entrar en relación con el sabio facultativo cuyo mérito y habilidad he oído elogiar millares de veces.

Satisfecho de su arenga, cruzó el recaudador sus manos sobre el vientre, algún tanto abultado, y esperó con ademán lleno de dignidad la respuesta de Lorenzo.

Al propio tiempo, Eustaquio, á quien su mujer empujaba con el codo, unía sus instancias á las de M. Maurín, y Lorenzo, halagado por la perspectiva de trabar conocimiento con Valentina, contestó que aceptaba el convite con mucho gusto.

Entonces empezó un ruidoso movimiento de vajilla, se desenvolvieron las vituallas, y el recaudador, con aparentosas precauciones, fué colocando y sumergiendo las botellas en el agua fresca del manantial.

Durante estos preparativos, propuso Eustaquio á las jóvenes y á Lorenzo enseñarles las ruinas de la abadía. Valentina llamó á sus hermanitas, dos muchachas de doce á catorce años, para quienes hacía las veces de madre, puesto que Mme. Maurín había

muerto hacía diez años, y todos se pusieron en marcha.

Rodeado de bosque por todas partes, álzase el lugarejo de Trois-Fontaines, en semicírculo, en derredor de los restos de la opulenta abadía cisterciense, cuyo postrer abad comendatorio fué el galante cardenal de Bernis. Los aldeanos se han acomodado en las construcciones en otro tiempo ocupadas por las alquerías y dependencias del convento. En las salas abovedadas de la antigua bodega de los monjes se ha establecido una posada; entre los fustes de las rotas columnas merodean las gallinas, y las vacas acuden á beber al verdoso pilón de una fuente del siglo XVIII. Frente á la entrada de la aldea, se levantan, unidos por las arcadas de un pórtico á la italiana, los dos cuerpos del edificio abacial. Por aquel sitio se dirigieron los expedicionarios hacia las ruinas de la iglesia, cuyas paredes grises se destacaban en plena luz sobre un fondo de verdura. El frontispicio carecía de campanario; pero la nave, bien conservada, se ostentaba elevada y silenciosa, con sus haces de delgadas columnitas, sus elegantes arcos y estrechas ojivas, donde los pintorescos vidrios de colores habían sido reemplazados por cortinajes de hiedra, que velaban la luz exterior, manteniendo una misteriosa sombra. El ábside estaba desmoronado, y por la abierta brecha se veía un pedazo de cielo azul, y en el fondo, como en cuadro lejano, los manzanos y

cerezos del huerto, medio sumergidos en las altas y florecidas hierbas. Las palomas torcaces habían hecho sus nidos en las hornacinas de los santos, y de cuando en cuando oíanse monótonos arrullos y melodiosos rumores de alas bajo la sonora bóveda.

Mientras que las jóvenes hermanitas se alzaban sobre la punta de los piés para alcanzar á ver los nidos, Valentina se había quedado cerca de la entrada, y su lindo perfil se dibujaba correctamente en el vacío luminoso del pórtico. Lorenzo se acercó á ella. Aún no había cruzado la palabra con Valentina, porque temeroso de que conociese la historia de aquella malhadada carta, experimentaba cierta vergüenza que le impedía entablar conversación con ella. Sin embargo, aquella misteriosa y azulada sombra de la nave le dió aliento, y preguntó á la joven qué le parecían las ruinas.

—Me dan frío—contestó con un leve estremecimiento—y me ponen triste. Me gustan más las casas del pueblecito con sus montones de heno odorífero y sus pelotones de gallinas... Soy extremadamente aficionada al campo y tengo sangre labradora en las venas.

Lejos de disgustar á Lorenzo, le encantó esta franqueza, que contrastaba con el falso sentimentalismo de que suelen estar poseídas las muchachas. La sinceridad de Valentina le llegó al corazón, porque aquella sencilla respuesta le revelaba un carácter rec-

to, franco y sano, que le ganó inmediatamente todas sus simpatías, y cuando salieron de las ruinas para volver cerca de la fuente, habíase duplicado el interés que Valentina le inspiraba. Allí encontraron á Mme. Lapasque, púdicamente velada por una servilleta extendida sobre el pecho, dando de mamar á su último retoño, Cayetano, que estaba hecho un ternero de gordo. Estaba ya tendido el mantel sobre la hierba, se destaparon las botellas y todo el mundo se sentó en el césped, formando círculo. El encanto de aquella comida improvisada al aire libre, el vinillo del recaudador, el cielo azul que parecía sonreír á través del ramaje, acabaron de establecer entre los convidados una alegre familiaridad.

A los postres sacó Eustaquio la flauta, con la pretensión de hacer bailar á la concurrencia.

—No, no,—exclamó Valentina;—las niñas han comido más que de costumbre y el bailoteo podría perturbar su digestión. Propongo un entretenimiento más apacible: juguemos á los acertijos, como en las veladas del pueblo, y así demostraremos al señor doctor Husson que también nosotros, los campesinos, tenemos ingenio cuando queremos. Cada cual expondrá el suyo, y M. Lapasque obsequiará con una serenata al que lo acierte... Empieza tú, papá.

M. Maurin se enjugó la frente, meditó un instante con aire grave, y volviéndose hacia el doctor, declamó en tono solemne:

En campo blanco  
 simiente negra;  
 tres que trabajan  
 y dos que huelgan;  
 á más un ave  
 siempre sedienta,  
 que bebe y bebe y vuelve á beber...  
 ¿qué cosita, cosita es?

—¡Oh!—contestó Lorenzo, que recordaba aquel juego de su infancia.—¡Eso es muy fácil!... El papel, la tinta, los dedos que escriben y la pluma que bebe... en el tintero.

—¡Bravo!—gritó Eustaquio, poniéndose inmediatamente á tocar la marcha de *Ladoiska*, al paso que el recaudador parecía desconcertado ante la idea de no haber hecho discurrir más tiempo á sus oyentes.

Lucrecia tomó la palabra y preguntó al corro:

—¿Qué cosa es la que vá al agua cantando y vuelve llorando?

—¡El cántaro! ¡el cántaro!—exclamaron en coro los niños, que habían oído el acertijo lo menos diez veces.

—¡Ahora me toca á mí la vez!—dijo Valentina.—Veremos si M. Husson sigue siendo tan perspicaz.

Púsose de codos enfrente de Lorenzo, en actitud de la esfinge que interroga á Edipo, y mirándole con risueños ojos, dijo:

—Allá vá:

Vengo de padres cantores  
 y eso que no soy cantor;  
 tengo los hábitos blancos  
 y amarillo el corazón...

Entretenido Lorenzo en contemplar los bellos ojos y la graciosa figura de la muchacha, en lo que menos pensaba era en buscar la respuesta.

—¿Os dais por vencido?—prosiguió ella con aire de triunfo.—Pues bien, yo os lo diré: es el huevo acabado de poner por la gallina.. Ya veis que lo entendemos.

Las preguntas y problemas se cruzaron en parecida forma durante largo rato, con intermedios de risas infantiles y tocatas de flauta. Lorenzo estaba encantado de aquella partida campestre. Tendido sobre la espesa hierba, contemplaba, á través de las matas de salvia y de avena loca, el rostro de Valentina, al cual servía de delicado marco su cabellera castaña naturalmente rizada. Estaba maravillado del buen humor de la muchacha, de su viveza y de la solicitud completamente maternal que empleaba para entretener á los niños. Escuchaba con delicia revolotear en sus labios aquellos sencillos enigmas en que se ejercita la fecunda imaginación y la observación ingeniosa de los campesinos. Aquellos acertijos, de qué la tía Sofia conservaba un abundante repertorio, le trasladaban á la época de su infancia y se asociaban en su pensamiento á aquellos dias en que encontró

por primera vez á Valentina, haciéndole recordar de pronto todas las fases de sus infantiles amores.

Cuando empezó á ocultarse el sol detrás de las grandes masas de árboles, calóse el recaudador su ancho sombrero de paja y anunció á la concurrencia que era ya hora de regresar á sus respectivos hogares. Se dejaron los residuos de las provisiones á la mujer del guarda, y echaron todos á andar muy despacio por una larga calle, ya bañada completamente de sombra, donde empezaba á florecer la madre selva silvestre.

Abría la marcha Lucrecia, acompañada de M. Maurín; las dos hermanas jóvenes y los niños, se habían agrupado en torno de Eustaquio que les construía silbatos de corteza de sauco; por último, caminaban Lorenzo y Valentina, apoyada esta última en el brazo del doctor. De cuando en cuando se inclinaba la joven para cojer alguna flor que se ofrecía al paso, y mientras confeccionaba su ramillete, exponía alguna breve y original observación referente á las plantas que encontraba.

—Esta, con su collarcito verde, es la *reina de los bosques*, que sirve para hacer el *vino de Mayo*... Mirad este pipirigallo color de rosa; hay una leyenda acerca de él. ¿La conocéis? No; pues bien, cuando el niño Jesús estaba en el pesebre, había entre las hierbas secas que le servían de almohada, una rama de pipirigallo, y de repente, en pleno invierno, em-

pezó á abrir sus lindas florecitas sonrosadas en derredor de la cabeza del niño...

Abandonó bruscamente el brazo del doctor y echó á correr hacia el talud.

—¡Ah!—exclamó—he aquí la *hierba de leche*, que hincha las ubres de las vacas, y la *hierba de las perlas*, que hace fecundas á las gallinas. .

—¡Cuántas cosas sabeis!—la interrumpió Lorenzo sonriendo.

—No muchas más que la última de nuestras campesinas—contestó la muchacha.—Lo que hay es que me gustan las cosas del campo, y eso es todo... Cuando paso aunque no sea más que un día en la ciudad, me siento con la cabeza pesada y se me hacen eternas las horas; aquí, por el contrario, jamás me aburro; en medio de mis animalitos y de mis flores, estoy en mi elemento.

—¿Os gustan los animales?

—Sí, por cierto; les quiero con locura y ellos me corresponden... Gallinas calzadas, gallinas moñudas, gallinas de Guinea, toda la colonia del corral se viene á festejarme cuando me presento... Ya os daré ese espectáculo cuando vayais á vernos.

—Con muchísimo gusto, pero debo manifestaros que todavía ignoro dónde vivis.

—¡Oh! nuestra casa no es difícil de encontrar—exclamó Valentina.—Cuando salgais del bosque, la alcanzareis á ver desde lejos, con sus dos nogales que

llegan hasta el tejado y el jardín que prolonga hasta el río sus calles de tilos.

Ya apuntaban en el cielo las primeras estrellas cuando llegó la comitiva á la plazoleta donde arrancan en opuestas direcciones los caminos de Robert-Espagne y de Sermaize. Despidióse Lorenzo de sus comensales, reservando su último saludo para Valentina, cuyo rostro estaba medio oculto por las hierbas y flores de su monumental ramillete, de modo que solo se distinguían sus ojos brillantes entre las floridas ramas.

— Buenas noches, señor — le dijo alegremente — olvidéis que debéis una visita á mi colección de bichos.

Lorenzo llevaba de aquella gira una impresión sana, embalsamada y fortificante, como la que se recibe al cruzar una pradera en la época de la siega del heno. Dos días después emprendía de nuevo el camino de Robert-Espagne. Descubrió desde lejos las redondas copas de los nogales, la doble hilera de tilos, y no tardó en orientarse, gracias á las señas que le había dado Valentina.

Tan luego como hubo franqueado la verja del patio, tropezó de manos á boca con M. Maurín, sentado al fresco bajo los nogales y leyendo un periódico. La visita del médico halagó grandemente la vanidad del recaudador, que se deshizo en cumplidos y frases ceremoniosas.

M. Maurín era en todos sus actos el reverso de la

medalla de su hija mayor; ceremonioso, hueco y formalista hasta la exageración, parecía que oficiaba de pontifical desde la mañana hasta la noche. Era el hombre de la corrección etiquetera y del aparato escénico, tendiendo siempre á imbuir en el ánimo de sus «administrados» la noción de su importancia personal. No dejaba jamás de llevar por sí mismo al correo sus pliegos oficiales, con los párpados entornados y el semblante grave, como una persona agobiada bajo el peso de sus funciones. En la iglesia, en donde no faltaba á la misa mayor, siempre de corbata blanca, se inclinaba y levantaba con afectación, y durante la plática sagrada, no apartaba su vista del predicador, á quien de cuando en cuando expresaba su aprobación con leves movimientos de cabeza. Profesaba, sobre todo, el respeto á la autoridad y al bien parecer. «Correcto» era la palabra que tenía constantemente en los labios; para él, el hombre debía ser siempre *correcto*, es decir, mantenerse «en su esfera» — otra de sus frases favoritas — votar la candidatura del gobierno, pagar religiosamente los impuestos y venerar al recaudador; debía levantarse, comer y acostarse invariablemente á las mismas horas, esmerarse los domingos en el vestir, más que en los otros días de la semana, sacar el paraguas en días lluviosos, no chocar de frente con las opiniones más admitidas; casarse pronto, y á ser posible, con la hija de un recaudador.

M. Maurín condujo á su huésped al jardín, un buen jardín con arriates de fresas y minutisas, platabandas donde alternaban las azucenas con las floxías, las cruces de Jerusalem con las violas, y al extremo de cada calle, los bojes recortados en forma de urnas, constituían el encanto y orgullo del recaudador. Había un sitio donde los romeros, los císisos y las acacias crecían confundidos, y donde, desde tiempo inmemorial, los bancales de reseda florecían sin cultivo, desbordándose exuberantes hasta la arena de la avenida. Allí comenzaba el enverjado del corral, y allí encontraron á Valentina. Con la cabeza y brazos desnudos, recogidas las puntas de su delantal lleno de trigo, distribuía á cada volátil la acostumbrada ración. Las gallinas habían acudido las primeras á paso acelerado, y se empujaban unas á otras para picotear el grano, mientras que el gallo, á fuer de galante caballero, les abandonaba las primicias del festín. Las palomas volaban circularmente por encima de la cabeza de la joven, y luego se posaban á sus piés y giraban lentamente sobre sí mismas dilatando el cuello; las gallinas de Guinea, más discretas, manteníanse á alguna distancia, y sobre una cerca de poca altura, un pavo real se esponjaba, haciendo la rueda en pleno sol. Todo aquel pueblo de bípedos plumes, piaba, cacareaba; arrullaba, á cual más podía, y de la copa de las acacias desprendíase al menor soplo de la brisa una lluvia de flores, que recor-

daba á Lorenzo aquella mañana del Córpus en que vió por vez primera á Valentina. Cuando esta hubo arrojado su último puñado de grano, volvióse hacia su padre y el doctor con ojos sonrientes:

—Ahora que misavecillas tienen ya su almuerzo— dijo —estoy enteramente á vuestra disposición.

### III

A medida que iba penetrando en la intimidad de aquel hogar, mostrábase Lorenzo más encantado de Valentina, porque una á una se revelaban ante él las cualidades de aquel carácter recto y sencillo. Era una mezcla de seriedad y jovialidad, de gracia espontánea y de natural elegancia; ingeniosa sin esfuerzo, casta sin gazmoñería, familiar sin asomos de vulgaridad, tenía sobre todo esos arranques de bondad que brotan de una frase, de un gesto, de una mirada, y que cautivan los corazones.

Lorenzo pasó con ella y sus hermanitas un largo rato de paseo y de conversación; por la tarde comieron en familia, y después regresó muy satisfecho á Sermaize. Durante todo el camino, no dejó de pensar en Valentina, comparándola mentalmente á la flor de la vid, á ese racimillo verde pálido, de tan modestas apariencias, y que exhala ese precioso olor tan suave, tan virginal y tan enervante.

Poco á poco, alentado por la simpática acogida de